

GALLAECIA POENA. AVANCE PARA UNA DEFINICIÓN NO ESENCIALISTA DEL HIERRO FINAL NOROCCIDENTAL *

Por Juan Carlos DOMÍNGUEZ PÉREZ

Miembro del Grupo de Investigación

P.A.I. HUM-440 de la Junta de Andalucía

Abstract: Celtism myth has become itself in the axis to set up the identity of the Galician country. Facing to the tourists issues in the line of the business of the past times, our purpose is proceeding to the study of those others contributions that, although minority, they are too in the cultural conformations of the Northwest. By that, starting out with the historic context of the Atlantic-Mediterranean empire of Gadir, we propose an alternative lecture capable to value in its just measure and without historiographic prejudices, the cultural diversity of this territory before Roman arrival.

Key words: Phoenician legacy, Punic production circle of Gadir, Turdetanian centres, Celtic Identity, Atlantic routes.

1. EL MITO CELTA ANTE LA CIVILIZACIÓN MEDITERRÁNEA

Las características conformantes de la cultura castreña tradicionalmente se vienen edificando sobre pre-concepciones elementales de su civilización que ayudan a determinar su imagen actual. Así, el carácter rural y el aislamiento orográfico centran el discurso historiográfico sobre estas formaciones históricas y

* Me gustaría destacar mi sincero agradecimiento a la Dra. Raquel Casal García, del Departamento de Historia I de la Universidad de Santiago y a Silvia González Soutelo, Becaria del mismo, por su ofrecimiento para participar en esta revista, así como por el apoyo prestado para su realización. Como es natural en estos casos la responsabilidad de los enfoques y extremos tratados sólo me corresponde a mí.

sociales que parece que vivían de espaldas al mar. Esta afirmación, la mayoría de las veces nada explícita, ayuda sobremedida a la simplificación de sus condiciones de existencia, a la vez que cierra las puertas a la explicación de otros fenómenos culturales concurrentes en el mismo contexto histórico y geográfico.

Otras veces los testimonios arqueológicos de estos otros fenómenos culturales concurrentes (presuntamente no «galaicos») son menospreciados por su escaso peso cuantitativo, por el desconocimiento que se tiene de ellos o, incluso, por el escaso interés de los investigadores en explicarlos. Por contra, no se suele poner en duda la complejidad del «mosaico cultural, étnico y lingüístico» de los pueblos del noroeste, explicable por distintas influencias «indoeuropeas» procedentes de pueblos todos ellos celtizados.

En otra línea explicativa no suele faltar en estas definiciones el conjunto de costumbres con las que se argumenta la barbarie de estos pueblos, siempre contrapuestas a las condiciones de existencia del foco civilizador mediterráneo «*como dormir en el suelo, usar recipientes de madera en vez de cerámica... el beber normalmente agua o cerveza, esto seguramente por influjo céltico... lavarse con orina podrida, particularmente los dientes...*» En algunos casos para este fin incluso resulta muy socorrido recurrir a las siempre respetables referencias de algún autor clásico: «*...cortaban las manos a los prisioneros..., bebían la sangre de los caballos sacrificados...*» (Almagro, 2001: 379-380).

Otros procesos de reconstrucción historiográfica más recientes, afines al nacionalismo romántico del siglo XIX como en el caso de Manuel Murguía recurren a convicciones claramente racistas basadas en la supuesta superioridad étnica de los arios, especialmente puesta de manifiesto sobre los «pueblos de influencia semita castellanos» (*sic*), como consecuencia de la permanencia en esas tierras de fenicios, cartagineses, árabes, ..., pueblos que, según él, no habían tenido influencia alguna en Galicia.

Esta misma oposición celtas/semitas reaparece en la primera mitad del siglo XX en la obra de Vicente Risco, haciendo ahora gala de un rechazo explícito por la cultura helénica, racionalista y materialista, así como por todo lo judío, a los que consideraba culpables de todos los males que afligían a la Humanidad (el materialismo, el marxismo, el ateísmo, el capitalismo, la pornografía, la democracia, el pacifismo); mientras, defendía una nueva concepción espiritual, dinámica y creativa de la civilización atlántica como única esperanza de salvación para la Civilización Occidental (Pereira, 2000: 322-325).

A pesar del paso del tiempo muchas de las apreciaciones de los estudios celtistas de aquellos años sobreviven en la actualidad y ayudan a sostener —a veces de manera poco explícita— una visión étnica, monolítica, normativa y aislacionista del galleguismo con no pocas dosis de agorafobia cultural. A ello contribuyen de manera singular los intereses políticos, turísticos y mediáticos más inmediatos. En palabras de Aída Hernández Castillo (2004: 5) hoy más que nunca,

«... los defensores del discurso liberal en torno a la igualdad presentan el reconocimiento del derecho a la diversidad cultural como un yugo que atará a los individuos a sus culturas y les cancelará las posibilidades del diálogo intercultural. El fantasma del 'usocostumbrismo' es enarbolado para construir la imagen de un sujeto político fundamentalista, intolerante y cegado por atavismos culturales». Este artículo es una apuesta explícita por explicar la cultura galaica del Hierro Final desde una posición crítica histórica, abierta y plural.

2. EL HIERRO ATLÁNTICO COMO PARTE INELUDIBLE DEL COMPLEJO CULTURAL GALAICO

La crisis de finales de la Edad del Bronce asociada a la caída del mundo micénico provoca una serie de transformaciones desde el siglo XIII en el Mediterráneo oriental que afecta, si no a la continuidad, sí a las condiciones del comercio marítimo de la época. La principal de estas transformaciones para nuestro ámbito de estudio parece ser, en principio, la sustitución del comercio micénico y chipriota por el fenicio arcaico, así como el establecimiento de unas redes de intercambio desigual atlántico-mediterráneo en el ámbito del comercio aristocrático (Díaz Santana, 1999: 140).

Bajo estas condiciones globales, la expansión fenicia arcaica hacia Occidente desde la segunda mitad del siglo IX AC, según los últimos estudios, parece tener al menos tanto que ver con la búsqueda de metales como con una serie de factores internos de las propias ciudades de Fenicia, y especialmente a la relación cada vez más desigual entre los bienes alimenticios, la tierra y la población existente, pero también a los riegos políticos que este hecho comportaba. De ahí la participación de la administración pública fenicia en este proceso colonizador materializada en el papel fundamental del palacio y el templo en las principales fundaciones.

En estas circunstancias se llevó a cabo desde mediados del siglo VII AC la expansión de este modelo colonial fenicio a zonas cada vez más alejadas a través de nuevas fundaciones como *Aiboshim*, *Mogdoul*, *Rachgoum* o *Abul*, en las que ya se vislumbra arqueológicamente la definición primaria, aunque global, del complejo cultural fenicio-occidental.

Así, a partir de *Gadir*, si seguimos la costa atlántica en dirección norte encontramos una notable concentración de materiales relacionados con la expansión atlántica de los fenicios durante el siglo VII AC en el área de la Ría de Huelva; ya en el Algarve, en Faro (la antigua *Ossonoba*), Tavira (*Balsa*), Castelo de Castro Marim (*Baesuris*) y en la zona de Lagos, donde aparece con asiduidad la cerámica de engobe rojo, además de la existencia de algunas necrópolis de filiación fenicia en Fonte Velha (Bensafrim), Cômares de Portela (San Bartolomé de Messines) y Almogabre (Odemisa). Materiales más tardíos pero también con claras influencias mediterráneas podemos encontrar igualmente en Silves, en el Cerro de Rocha Branca (*Cilpes*) (Millán, 2000: 190-191).

En el Bajo Alentejo, tanto en Ourique y Castro Verde, como en Fernão Vaz, se han podido identificar, junto a materiales áticos más tardíos, producciones orientalizantes como la cerámica de engobe rojo, las cuentas de collar de pasta vítrea oculadas o los escarabeos egipcizantes que, no obstante, no parecen remontarse más allá de los siglos VI y V AC.

En el estuario del Sado destaca la fundación fenicia con carácter permanente de *Abul* desde principios del siglo VII AC, a lo que debemos añadir la presencia de materiales orientalizantes tanto en el Castelo de Alcácer do Sal como en Setúbal, dos poblados indígenas en los que al menos el primero de ellos contaba claramente con población fenicia y ambos con una perduración estable desde finales del Bronce y relaciones comerciales con los fenicios desde mediados del VII AC (Arruda, 2000: 64-65).

Esta influencia y las relaciones comerciales fenicias también se pueden contratar arqueológicamente en la desembocadura del Tajo. Así, en los yacimientos de la propia Lisboa, como Santa Eufemia (Sintra), Moinho da Atalia (Amadora) y Outorela (Oeiras), los materiales fenicios identificados pertenecen a los siglos VI y V AC, al igual que los hallados en Almaraz, en la otra orilla; mientras río arriba, en Santarém, llegan a alcanzar el siglo VIII AC (Millán, 2000: 191; Arruda, 2000: 63-64). En la práctica totalidad de estos asentamientos indígenas parece haber existido, por lo menos, un colectivo de población oriental a tenor de los hallazgos.

Siguiendo por esta costa portuguesa hasta la desembocadura del Mondego nos encontramos en Santa Olaia con otra fundación permanente fenicia datable en el siglo VII AC, muy probablemente asociada a la explotación de las minas de estaño y oro de este curso fluvial como parece demostrar la zona dedicada a actividades metalúrgicas descubierta recientemente con una batería de hornos de distintas tipologías, toberas y escorias de material (Arruda, 2000: 65). En el mismo curso fluvial también podemos encontrar restos materiales orientalizantes en Crasto de Tavadre y en *Conimbriga*, un nuevo poblado indígena cuya existencia está demostrada ya desde finales del Bronce.

Ya en Galicia, estos objetos orientalizantes comercializados por los fenicios se repiten, aunque ahora ya con cronología no superior al siglo VI AC, por lo que podemos afirmar que es a partir de este siglo cuando se inician las navegaciones fenicias al territorio galaico, aunque la propia profusión de restos hallados en Santarém y Santa Olaia no elimina la posibilidad de un margen al alza a la cronología a partir de futuros hallazgos. A estos siglos pertenecen las grandes anclas halladas en Cabo Udra (Pontevedra) sin parecido alguno con los paralelos locales de la misma época, caracterizados por modelos realizados en piedra con pesos que oscilan entre los ocho y los cincuenta kilos como los identificados en las rías de Vigo y Pontevedra (Millán, 2000: 193).

En este contexto global, visible como «entrada historiográfica» del tema que nos ocupa en el mapa que recoge las fundaciones y los establecimientos indígenas con presencia poblacional o material fenicio, se produce la crisis del mundo fenicio-occidental, frecuentemente relacionada con la caída de Tiro en el

573 AC. Pero la redefinición de éste se debía esencialmente a la grave crisis de la extracción y comercio de los metales palpable ya desde finales del siglo VII AC, fenómeno que había propiciado ya una consecuente reorientación del comercio global en el Mediterráneo occidental desde el Golfo de León, pasando por la costa ibera, hasta el sudeste peninsular.

3. ENTIDAD GLOBAL DEL CÍRCULO PÚNICO-GADITANO

3.1. El círculo inmediato

En esta coyuntura la antigua fundación tiria asume la potencialidad económica de las antiguas navegaciones fenicias procediendo a la creación, paralela a lo que está sucediendo en otras partes del Mediterráneo, del círculo productivo específicamente púnico-gaditano. Así, bajo la garantía institucional y el prestigio del *Santuario de Melkart* desde el siglo VI AC se fue gestando en *Gadir* una entidad política y económico-productiva cuya identidad material hereda innegables influencias del llamado período «orientalizante», pero que, no obstante, se manifiesta como una variación específica a lo fenicio-occidental.

La potencialidad de este círculo productivo es visible a través de la difusión material, básicamente, de las ánforas Mañá-Pascual A4c, d y e (Ramón 12.1.1.1), las A4f (Ramón 12.1.1.2), de las Muñoz E1 (Ramón 8.1.1.2 o tipo «TIÑOSA»), Muñoz A5 (Ramón 8.2.1.1 o tipo «CARMONA»), Muñoz E2 (Ramón 9.1.1.1 y 9.1.1.2) y Pellicer D (Ramón 4.2.2.5), a excepción de esta última todas ellas agrupadas por este autor como «Grupo Bahía de Cádiz» (1995: 222-226). Estos contenedores, cuya producción está mayoritariamente reconocida en los alfares de la Calle Tolosa Latour en Cádiz y Torre Alta en San Fernando (Muñoz Vicente, 1995-1996: 83), se utilizaron en gran parte para la distribución y comercio de la principal industria del área: la de la salazón.

De igual forma, resulta concluyente para la misma identificación de los límites geográficos del círculo la distribución de la vajilla de mesa púnico-gaditana, básicamente de barniz rojo, y cuya producción se ha podido identificar en los yacimientos de Torre Alta (San Fernando, Cádiz) y en los alfares de la población norteafricana de Kouass. Se trataba de una vajilla de mesa de uso habitual con formas muy comunes, como los conocidos platos de pescado (LAMB. 23), cuencos, copas y jarras (LAMB. 24, 21/25 B, 26, 27 y 34), vasos (LAMB. 28 y 29), además de lucernas, ungüentarios o cubiletes, que no son más que, a escala regional, una degeneración por producción masiva de la original vajilla de lujo griega e italiota que se venía imitando desde la segunda mitad del siglo IV AC en el Occidente mediterráneo.

Junto a estos materiales, aparecen igualmente representadas en la práctica totalidad de los yacimientos estudiados otras producciones indígeno-turdetanas dependientes de tradiciones culturales y tipológicas que, aunque resumen influencias varias, pertenecen a orígenes distintos a los fenos-púnicos, todo lo cual confluye en este cinturón de contacto que se establece territorialmente entre la metrópolis fenopúnica y los centros de poder turdetanos.

3.2. El círculo mediato

Aunque la difusión específica de estos contenedores anfóricos tiene su centro de acción primario en la zona de *Gadir-Carteia-Tingis-Lixus*, con cierta prolongación hasta los principales centros comerciales fenos-púnicos del litoral ibero-mediterráneo como El Chuche, Mazarrón, Tossal de Manises y La Serreta de Alcoy, ya desde el siglo IV AC, la difusión atlántico-mediterránea de estas ánforas demuestra el carácter «mundial» —digámoslo así— del círculo (Millán León, 2000: 194), cuyas características materiales y dimensiones globales han sido bastante estudiadas en los últimos años (De Frutos y Muñoz, 1996; Arteaga, 2001; Niveau, 2001; Domínguez Pérez, 2003c). El cuadro de distribución resultante muestra una dinámica de mercado verdaderamente sólida, caracterizada, por un lado, por un sustancial nivel de concentración de los hallazgos a ambos lados de las Columnas de Hércules; y, por el otro, por una destacada presencia en enclaves comerciales atlántico-mediterráneos básicos en la red general de tradición fenicia que más arriba hemos tratado.

Como podemos comprobar por su mapa de distribución global, desde *Lixus* o Kouass, pasando por *Russadir* y el Oranesado, hasta Cartago y, de ahí, por *Lilybaeum*, *Caralis*, *Aiboshim*, *Emporion*, *Saiganthé*, La Albufereta, Los Nietos y Villaricos y siguiendo la ruta del atún de entrada y salida del Mediterráneo, *Gadir* tenía perfectamente estructurada desde estos años una serie de factorías locales de salazón y sus derivados con una capacidad productiva y distributiva que desde el foco atlántico se prolongaba por la costa norteafricana y suribérica, donde estos productos se elaboraban y envasaban con destino a los principales mercados mediterráneos. En todos estos enclaves costeros se han encontrado con profusión restos anfóricos de las famosas Mañá-Pascual A4 y dedicadas a la distribución de las distintas variedades de salazones y *salsamenta* que tanto prestigio tenían ya en todo el Mediterráneo.

Por otro lado, la difusión de la cerámica barnizada púnico-gaditana es idéntica a la de las ánforas del entorno del círculo púnico-gaditano tratándose de un proceso que se remonta al menos hasta el siglo V AC. Esto demuestra que ambas producciones compartían su origen y difusión formando parte de la oferta global que este territorio producía de cara a los mercados exteriores.

3.3. Otros elementos materiales para su caracterización

Por último, no menos reseñable en este territorio es la comercialización generalizada por parte de los púnicos de *Gadir* de producciones foráneas. Entre estas producciones destacan, por ejemplo, el vino de Corinto, de la Magna Grecia y Sicilia, así como la cerámica asociada a su consumo como vajilla de mesa de figuras rojas y barnices negros áticos.

El análisis de los centros indígenas inmediatos también demuestra la permeabilidad de los núcleos turdetanos a estas aportaciones culturales foráneas, presumiblemente transformadas en elementos de prestigio y distinción con los que reforzar ideológicamente la distancia social conseguida a través del resto de las actividades de coerción. Así, los exvotos en bronce de divinidades orientales como los del Santuario de La Algaida (Belén, 2000: 296; Corzo, 2000: 150-151) o del complejo alfarero de Villa Maruja en San Fernando, Cádiz (Bernal, Díaz, Expósito *et al.*, 2003: 67-82), la orfebrería orientalizante de *Nabrissa* y *Ébora*, las cuentas de pasta vítrea también de *Nabrissa* (Caro, Acosta y Escacena, 1986: 169-174), las máscaras negroides de *Asido* (Martínez y Montañés, 2000: 836) y del Cerro de los Mártires en San Fernando, Cádiz (Bernal, Díaz, Expósito *et al.*, 2003: 49-64), confluyen con elementos culturales pertenecientes a tradiciones claramente autóctonas o sintetizadas en el sudoeste peninsular como la cerámica ibérica, las esculturas zoomorfas de *Asta Regia* y *Nabrissa* o el armamento «de influencia celta» a imagen de la espada de Alcocer do Sal de la misma *Asta Regia* (Barrionuevo, Aguilar y González, 1998: 34; González Rodríguez y Ruiz Mata, 1999: 105).

Debemos entender por ello que sobre estas condiciones económico-políticas del territorio que sirve de *hinterland* productivo o traspaís al círculo púnico gaditano se fundamenta el potencial de *Gadir* y su presencia en todos los mercados transmediterráneos, además de alcanzar ya en esta época —como más adelante analizaremos— desde el norte de África, pasando por el Algarve portugués, también los territorios noratlánticos.

Y es precisamente durante estos siglos cuando se produce la eclosión de los productos púnico-gaditanos que está sin duda directamente relacionada con el fortalecimiento de entidades territoriales estatales en los territorios estudiados caracterizados por una explotación agropecuaria extensiva y una racionalización de las producciones pesqueras. Con este fin se desarrollan nuevas estructuras coercitivas, tanto materiales como ideológico-culturales, que se añaden a las heredadas de período tartésico inmediato y que refuerzan la diferenciación social tanto como las condiciones de reproducción de esta sociedad que se asienta definitivamente sobre la creación y desarrollo definitivo del modelo nuclear de centros urbanos y peri-urbanos.

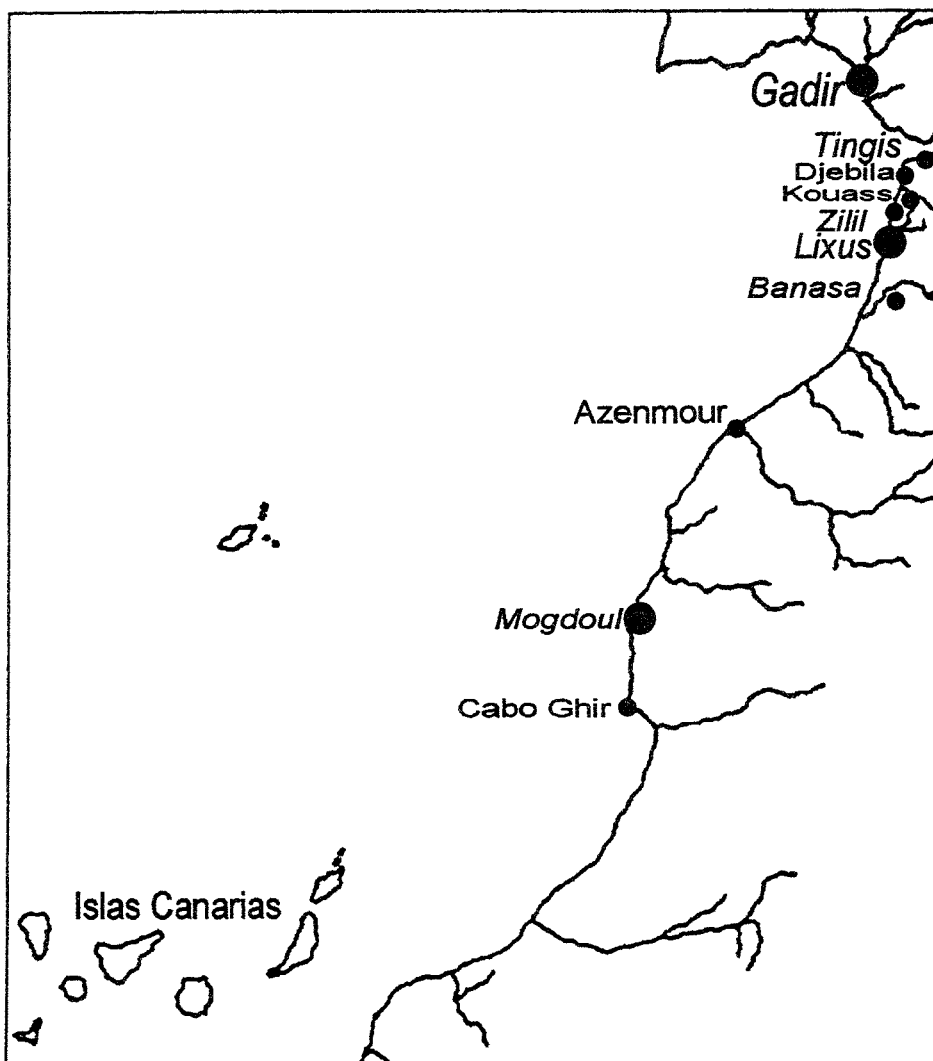


FIGURA 1: Yacimientos con materiales fenicios o púnicos del Atlántico sur.

4. NUEVAS DIMENSIONES (GEOGRÁFICAS E HISTORIOGRÁFICAS) DEL FENÓMENO PÚNICO OCCIDENTAL

4.1. El Atlántico Sur: la costa africana y las Islas Canarias

En el mapa de yacimientos feno-púnicos (Figura 1) y siguiendo una orientación norte-sur, en la misma fachada africana del Estrecho, **Tingis** y especialmente, **Ksar Seguir** son las primeras poblaciones que muestran, la primera, evidencias de una fundación fenicia, mientras que la segunda apunta claramente condiciones de ser una factoría pesquera de época púnica, hallazgo que se complementa con la aparición en la **Bahía de Benzú** de ánforas Mañá-Pascual A4 de dos tipos «c» y «e», pertenecientes, por tanto a distintos momentos, aunque ambos con una cronología en torno a los siglos IV y III AC (López Pardo, 1996: 264-265)

Ya en pleno Atlántico, al sur del Cabo Espartel y a escasos 22 kilómetros de la actual Tánger, se encuentra el primer abrigo practicable de la costa atlántica en la pequeña elevación de **Djebila**, que dominaba tanto la playa como la laguna de Bou Khal. En ella se han encontrado fragmentos de cerámica griega del siglo VI (de una cratera laconia) y comienzos del V AC (una copa ática de figuras negras) junto a ánforas fenicias y púnicas y a monedas cartaginesas, además de una factoría de salazones cuya cronología de momento no remonta más allá del siglo III AC (López Pardo, 1990: 36 y nota 94).

La penetración hacia el interior de estos intereses comerciales pueden contrastarse igualmente desde el siglo VI AC siguiendo los cauces de los grandes ríos que desembocan en esta costa noroccidental. Así, nos encontramos con **Kouass** en la costa atlántica, población en la que se documentaron un conjunto de alfares de esta época destinados principalmente a la fabricación de ánforas Mañá-Pascual A4, aunque también las del tipo «D» de Pellicer (según la tipología de Cerro Macareno) además de la existencia de platos de barniz rojo y cerámica griega «ática» del siglo IV AC (López Pardo, 1990: 17-20).

En el valle del Uadi Kebir, muy cerca de ésta y probablemente dependiente de ella, se encuentra la antigua **Zillil** en Dchar Jdid, en la que se han encontrado, junto a las Mañá-Pascual A4c (de mediados del siglo IV AC) y A4f (tardías) y a los famosos platos de pescado de barniz rojo, urnas pintadas de tradición ibero-púnica (López Pardo, 1990: 21-23; Niveau, 2003: 239).

También se pueden constatar estas producciones en los yacimientos marroquíes de la costa mediterránea como el de **Sidi Abselam del Behar**, probablemente poco más que un primitivo lugar de intercambio entre fenicios e indígenas, que nos ha proporcionado, sobre los niveles más recientes de finales del siglo III o primera mitad del II AC (ánforas Mañá Cdb y *kalathoi* ibéricos), ya en la zona de la colina, ánforas R1 y Trayamar 1 y otros materiales de barniz rojo junto a copas decoradas con círculos concéntricos idénticas a las de Mogador, Banasa y

Kouass de los siglo VII y VI AC (López Pardo, 1990: 38-39; López Pardo, 1996: 268-269).

En otro de los asentamientos identificados de esta zona, el de **Kudia Tebmain**, en Emsá, una pequeña factoría salazonera también del siglo III AC emplazada al este del río Martil, sí se han identificado la cerámica de Kouass junto a lucernas helenísticas y gran cantidad de ánforas Mañá-Pascual A4, de las que, al menos, los subtipos «c» y «f» están claramente documentados (López Pardo, 1990: 39-41; López Pardo, 1996: 266-268).

En la antigua **Russadir**, en Melilla, recogida con este nombre en el Periplo de Pseudo-Escílax (párr. 111), se repite la presencia de ánforas púnico-gaditanas Mañá-Pascual A4f y la de platos de barniz rojo (Domínguez Pérez, 2003a: mapas IVd y Vb), a pesar de que la mayoría de los materiales encontrados nos remiten al siglo I AC (López Pardo, 1996: 269).

Rachgoun, un pequeño islote frente a la desembocadura del río Tafna, es el primer asentamiento fenicio documentado en la costa mediterránea africana desde el Estrecho de Gibraltar, y albergó desde el siglo VII hasta el V AC un pequeño hábitat con necrópolis, posiblemente una factoría comercial (López Pardo, 1996: 270-272).

Ya más al este, las fundaciones de **Mersa Madakh**, **Mersa Bou Zedjar** y **Les Andalouses**, enclaves sin unas condiciones portuarias claras, sólo ofrecen posibilidades como pesquerías vinculadas a la emigración de los atunes hacia el Mediterráneo Central a principios del verano dentro del desarrollo productivo y distributivo del círculo púnico-gaditano que se produce desde el siglo IV AC y que podemos analizar en yacimientos como el de Las Redes en el Puerto de Santa María, Cádiz (De Frutos, Chic y Berriatua, 1988; López Pardo, 1996: 272-274).

Lixus, en Larache, es considerado hoy el primer establecimiento fenicio de la costa atlántica africana fundado en el estuario del Loukkos en el siglo VIII AC o antes como centro regional al igual que otras grandes fundaciones como *Gadir* o Cartago y que, además, conservó su identidad oriental, al menos en la imagen de sus templos, hasta la época romana. Su ubicación en un fondeadero natural protegido, además, por la propia colina del asentamiento, así como su inmediatez a los dos nudos viarios de la zona en esa época (Ksar el Kebir y Telata de Reisana), que comunican el extremo norte y sur del país, supuso que se convirtiera muy pronto en un referente como parada obligada de los grandes periplos atlánticos (López Pardo, 1996: 254-255). El hecho de que en este puerto los fenicios buscaran oro, marfil y huevos de avestruz, además de los túnidos (Mederos y Escribano, 1999: 100), por otra parte, nos ayuda a centrar cronológicamente su colonización en un segundo momento fundacional, superado ya el objetivo inicial de la plata y el estaño noratlánticos.

Más al sur, aunque en el interior del país siguiendo el curso medio del Uadi Sebú, **Banasa** se perfiló desde los años sesenta como un establecimiento indígena que recibe a comerciantes fenicios desde, al menos, el siglo VI AC y en el que los artesanos locales habían imitado con éxito las cerámicas importadas.

El estudio detallado de los materiales demostró, por otra parte, que las Mañá-Pascual A4 representan una constante en el repertorio de esta ciudad aunque nunca fueron fabricadas allí, apareciendo también modelos de las tipo «D» de Pellicer (Girard, 1984: 59, fig. 30, 2; López Pardo, 1990: 7-13).

Si entrar en los aún cuestionados fragmentos de «cerámica ibero-púnica» de Salat (Bou Regreb, junto a la actual Rabat), en **Azenmour**, ya en plena desembocadura del Oumm er Rebia, se recogieron numerosos fragmentos de cerámica púnica (López Pardo, 1996: 260). Pero **Mogdoul**, la actual Essaouira y antigua Mogador, además de servir de puerta de entrada a la ruta meridional de acceso a los ignotos territorios ecuatoriales que relata el periplo de Hannón (Plin. *NH* II 169), desde el siglo VII AC se convirtió en una factoría reconocida, aunque de tipo estacional y sin implicaciones productivas directas, en la que se han encontrado tanto *graffitti* fenicios y vasos griegos como fragmentos de cerámica de engobe rojo con una gran homogeneidad que indican una procedencia unitaria difícilmente achacable a *Lixus* (López Pardo, 1996: 262; Millán, 2000: 191). También se han identificado ánforas Mañá-Pascual A4a, las más antiguas, con una cronología coincidente con el despegue de la industria salazonera gaditana desde el siglo VI AC (Mederos y Escribano, 1999: 100),

Este hecho concreto ha provocado una apertura mental considerable en la propia concepción que teníamos los investigadores de los límites del mundo fenicio-occidental desde sus inicios al ser integrada ésta como factoría permanente dentro de su espacio comercial específico desde al menos esta fecha, lo que proporciona una imagen mucho más sólida y global del fenómeno productivo y distributivo atlántico.

Más al sur todavía se han encontrado nuevos restos fenicios y púnicos en **Cabo Ghir**, a treinta kilómetros al norte de *Agadir* (término de origen fenicio utilizado por los bereberes de la zona para designar los graneros colectivos fortificados) y en las inmediaciones del valle del Sus, mezclados con cerámica ibérica e indígena hecha a mano (López Pardo, 1996: 262).

En los últimos años se viene defendiendo con insistencia la evidencia de frecuentaciones de las **Islas Canarias** por los mismos navegantes fenicios basándose en la existencia de imitaciones locales de tipologías anfóricas fenicias, nuevos *graffitti*, representaciones rupestres de la diosa Tanit e, incluso, hipogeos, todo ello relacionado con las actividades pesqueras de las gentes del Estrecho en estas latitudes (Mederos y Escribano, 1999; Millán, 2000: 191) y con la posible explotación de la urchilla como liquen tintóreo, aunque en honor a la verdad este es un tema ampliamente contestado. No obstante, sí se consideran suficientes las referencias sobre la presencia púnica basadas en la imitación a mano de ánforas del círculo de *Gadir* (González Antón, 2004), así como la constatación de inscripciones con grafía púnica (López Pardo, 1996: 263).

La contrastación de estos hallazgos se ha querido, con todo, establecer a partir de una noticia extraída del Pseudo-Aristóteles (*De mir. ausc.* 136) en la que se sostiene que los fenicios navegaban más allá de las Columnas de Hércules con los

conocidos *hippoi* alcanzando parajes marinos en los que abundaban sobremanera los atunes. Una nota muy parecida de Diodoro Sículo (V 19-20) añade que el descubrimiento de esta zona tan rica en recursos marinos había provocado ya entonces la rivalidad entre los etruscos y los cartagineses, lo que nos aporta una valiosa información para datar este hecho en torno al VII AC.

Siguiendo la costa atlántica africana hacia el sur aún encontramos nuevos hallazgos relacionables con los fenicios en **Cerne**, en la desembocadura del río Senegal, muy probablemente aquella isla semimítica situada a doce jornadas de navegación de las Columnas de Hércules y mencionada en el Periplo de Pseudo-Escílax (párr. 112), pasaje que, aunque debe datarse como el resto de la obra en la segunda mitad del siglo IV AC (González Ponce, 2001: 372), hace referencia a una situación heredada del Bronce Final a tenor de los restos de industria metalúrgica de cobre imitando formas de útiles del suroeste peninsular identificados en Akjoujt. Más datos sobre esta presencia nos la ofrecen los marfiles fenicios comercializados por el Mediterráneo y el Atlántico norte, cuya procedencia ha podido relacionarse en análisis muy recientes con la especie de elefantes que habitaba por entonces el área del río Senegal (Millán, 2000: 192).

Finalmente no está de más subrayar que en los cuatro grandes centros comerciales del Atlántico meridional (*Kouass*, *Banasa*, *Lixus* y *Mogdouf*) se han documentado sin duda alguna la existencia de variadas tipologías de productos griegos, especialmente ánforas, vajilla de figuras negras y rojas y barniz negro, importaciones que sabemos que ya en esta época no realizaban éstos directamente.

4.2. El Algarve y la costa portuguesa

El panorama arqueológico que hemos venido analizando nos permite un salto cualitativo a partir de la confirmación de la existencia de ánforas fabricadas en el suroeste peninsular a lo largo de toda la costa portuguesa desde el Algarve hasta el Mondego con concentraciones particularmente significativas en los estuarios de los ríos Tajo y Sado y, ahora ya, una circulación comercial consolidada hasta los yacimientos de Galicia que más adelante analizaremos (Figura 2).

Por un lado, las formas anfóricas típicamente púnico-gaditanas aparecen regadas por todo el Algarve, que ciertamente puede considerarse en esta época a nivel material como una continuación espacial de la Turdetania. Así, las encontramos en **Castro Marim**, **Faro**¹, **Silves** y **Santiago do Cacem** (Domínguez Pérez, 2003a: mapa IVd; Arruda, 2004). Más al norte, también podemos encontrar producciones de este tipo en yacimientos como **Chôes de Alpompe** (Arruda,

¹ En concreto la Profesora Arruda (2004) ha podido identificar en las campañas arqueológicas de 2001 y 2002 de esta ciudad la presencia no sólo de las conocidas Mañá-Pascual A4 en prácticamente todas sus variantes tipológicas, también las 8.1.1.2 de Ramón («tipo Tiñosa») y las 4.2.2.5 o 'D' de Pellicer.

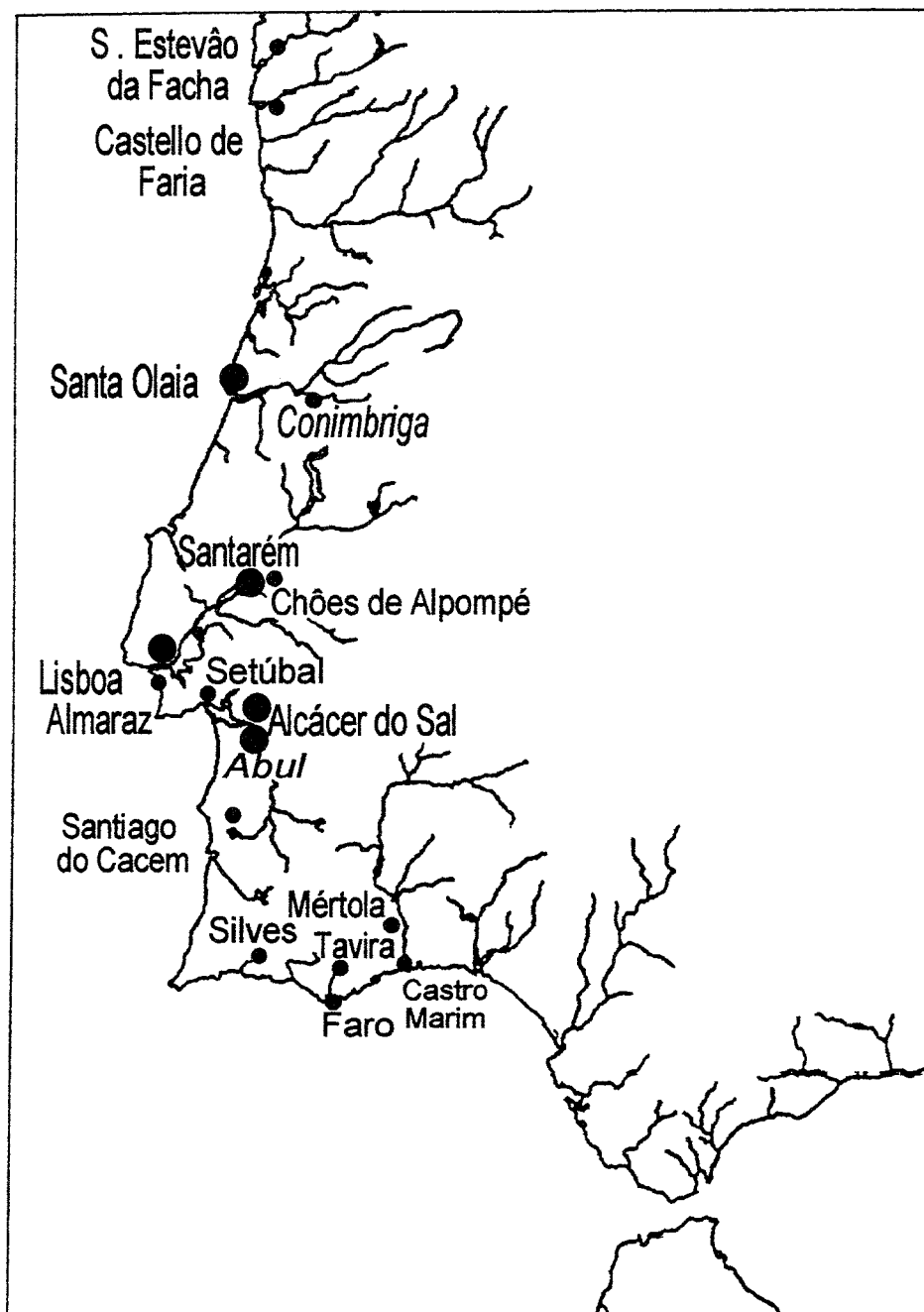


FIGURA 2: Yacimientos con materiales fenicios o púnicos de la costa portuguesa.

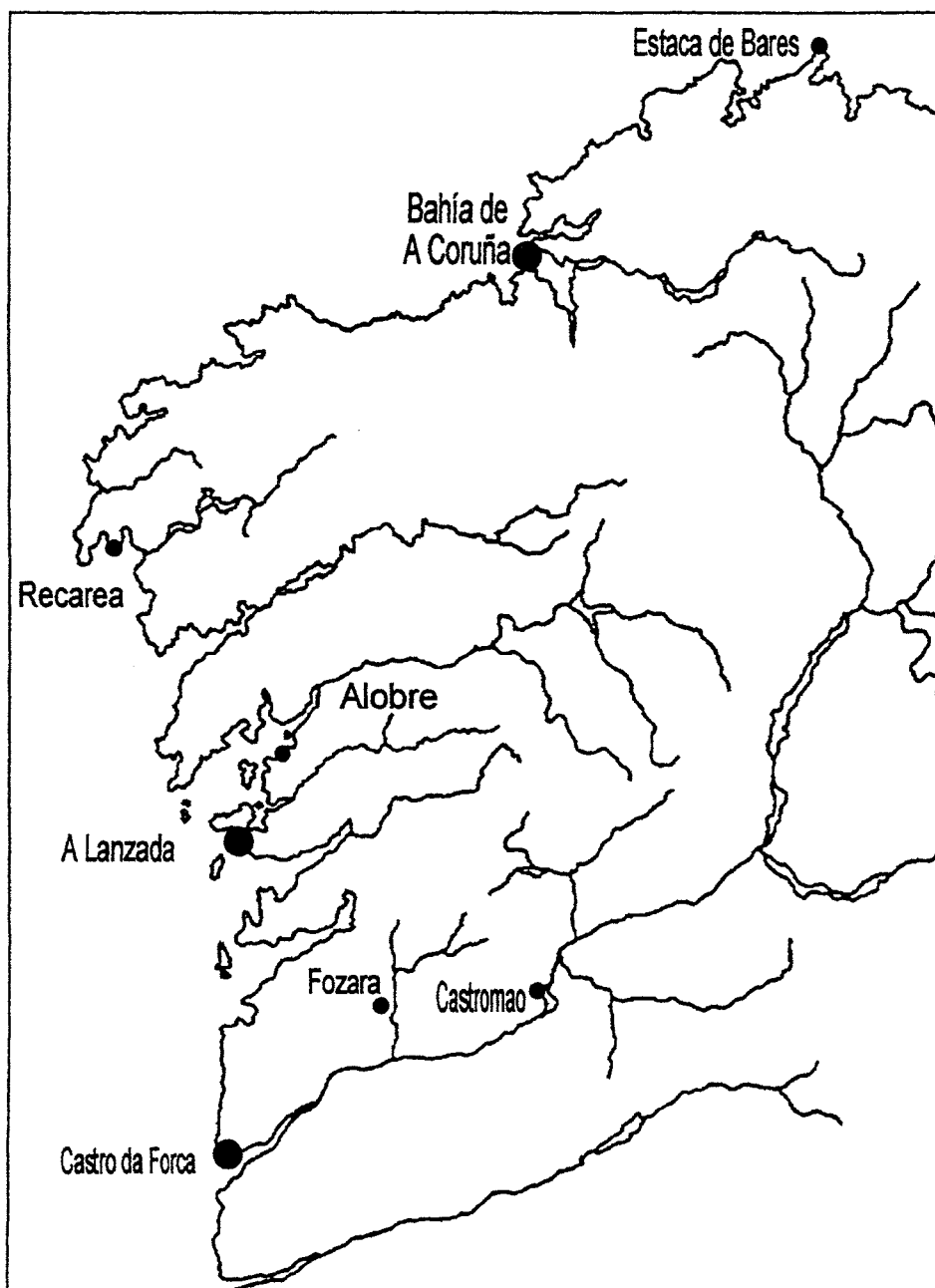


FIGURA 3: Yacimientos con materiales púnicos del territorio galaico.

2000: 60), **Santa Olaia** (Figueira da Foz) y **San Estevão da Facha** (Carballo, 1987: 142). Fenómeno muy similar ocurre con la cerámica de barniz rojo. También en este caso ha podido ser identificada en los mismos yacimientos arriba citados de Castro Marim, Faro, Silves y Santiago do Cacem, al que se añade el de **Mértola** (Domínguez Pérez, 2003a: mapa Vb; Niveau, 2003: 233-237; Arruda, 2004).

Por otro lado, también encontramos una difusión muy parecida a la de estos productos reconocidamente púnico-gaditanos en las últimas importaciones áticas de figuras rojas y, sobre todo, barniz negro, que, sin duda, son comercializadas en la zona por los mismos navegantes de *Gadir* como últimos intermediarios del comercio de Cartago. Han podido ser identificados en Castro Marim, posiblemente Faro, Silves, Mértola (Niveau, 2003: 235-236), **Tavira** (Maia, 2004), **Alcácer do Sal**, **Conimbriga**, y, ya mucho más al norte, en plena frontera con el territorio costero gallego, en **Castelo de Faria** y San Estevao da Facha (Carballo, 1987: 141).

4.3. La costa gallega

El panorama analizado hasta ahora, por más que debe considerarse claramente sintético y simplificado, lejos de constituir un ejercicio retórico innecesario, nos proporciona unas coordenadas históricas y geográficas imprescindibles para proceder con una valoración justa de los hallazgos púnicos en el noroeste peninsular, aspecto que, al fin y al cabo, es el que más nos preocupa. Pero como punto de partida entendíamos que esta amplia presentación sobre las condiciones poblacionales, productivas y distributivas del Bronce Atlántico en época fenicia y púnica resultaba vital para centrar la participación de los asentamientos costeros del territorio galaico en este impresionante entramado oceánico que contaba —como hemos visto— tanto con una tradición secular en sus navegaciones recogida por el Periplo de Himilcón (Plin. *NH* II 169) como con una consolidada dimensión geográfica cuya constatación, lejos de constituir una moda al uso del péndulo historiográfico, se ha ido consolidando en los últimos años con el avance de las investigaciones.

Sin ánimo de proporcionar un análisis promenorizado de todos aquellos yacimientos gallegos con materiales púnicos aunque sí de establecer una valoración específica de cómo éstos modifican sustancialmente la caracterización global de la llamada cultura castreña, entendemos que el mapa resultante (Figura 3) ya de por sí puede permitirnos este avance, una base inicial sobre la que se deben reelaborar las concepciones más cerradas de cuanto es o debe considerarse para esta época galaico.

Así, por ejemplo, en **Castro da Forca** (A Guarda, Pontevedra), con un emplazamiento incomparable que actúa como vía de penetración de esta ruta atlántica por el valle fluvial del Miño hacia la Galicia interior, y datado en un momento central de la cultura castreña básicamente a través de las cerámicas de importación, nos encontramos con una excepcional prueba de la penetración de

los intereses de los púnico-gaditanos en nuestra zona de estudio. Previamente a las campañas de excavación realizadas ya se habían encontrado una serie de restos descontextualizados más que significativos para la filiación del yacimiento: fragmentos de cerámica ática de figuras rojas, de barniz negro, así como cuentas de collar de pasta vítrea (en la actualidad en el Museo de Santa Trega) (Carballo, 1987: 9).

El estudio preliminar del asentamiento, cuyo emplazamiento topográfico a 80 metros escasos sobre el nivel del mar y al pie del Monte Santa Trega, donde se localiza el castro del mismo nombre, ya presentaba a los investigadores unas coordenadas distintas, ajenas a los fines defensivos tradicionalmente aceptados y más en la línea de explotar económicamente de manera intensiva las riquezas pesqueras y marineras de la zona², aunque también la fertilidad agrícola de las terrazas cuaternarias y las excelentes posibilidades de aprovechamiento de sus recursos minerales como los granitos alcalinos y, sobre todo, el estaño.

La campaña de 1984 dió paso inmediatamente a un poco convencional resultado. De principio el descubrimiento de estructuras murarias de planta cuadrada o rectangular con las esquinas redondeadas, así como la aparición de un taller de fundición, complementado con la evidente documentación de las tradicionales actividades artesanales castreñas de hilado, tejido, talla de instrumentos líticos,... revelaba una sociedad compleja en la que existía de manera evidente una distribución técnica del trabajo (Carballo, 1987: 140).

Por otro lado, el análisis de los materiales encontrados, dejando al margen producciones posteriores al ámbito cronológico de nuestro trabajo, supuso la identificación de un significativo (aunque poco numeroso) repertorio de cerámica púnica que permitió documentar, al menos, la existencia de relaciones comerciales a través del mundo atlántico que no habían estado presentes hasta ese momento en la definición del mundo castreño. Se trataba básicamente de fragmentos de ánforas y de vasos o fondos de platos «ibero-púnicos» (*sic*) del sur peninsular similares a los encontrados en el Cerro Macareno por aquellos años. A estos se añadía también la presencia de dos fragmentos de cerámica ática. El primero formaba parte de una forma de figuras rojas, probablemente una crátera de campana datable en la primera mitad del siglo IV AC y similar a las halladas en el mismo litoral atlántico en el cercano **Castro de Fozara**, en el de San Estevao da Facha, en el norte de Portugal y, ya más al sur, en Alcácer do Sal. El segundo

² Recientemente se ha propuesto, ante la existencia frecuente de concheros en los principales yacimientos costeros gallegos y la abundancia demostrada de las especies de moluscos purpúreos «*Nucella Lapillus*» y «*Purpura Haemastoma*», la búsqueda del múrex para la elaboración de la púrpura como explicación alternativa o complementaria del primitivo comercio fenicio y púnico en estas costas, fenómeno que también se ha valorado sobre los asentamientos del Atlántico sur conocidos en la Antigüedad como «islas purpurarias» (Fernández Uriel, 2000: 277). Curiosamente la púrpura tiria, que alcanzó sus cotas más altas de productividad entre los siglos V y IV AC, alcanzó la máxima celebración en el mundo antiguo y quedó como único testigo del esplendor de la metrópolis mucho tiempo después de su caída.

pertenecía a un plato de pescado de barniz negro de mediados del mismo siglo IV AC, con paralelos atlánticos en el Cabezo de San Pedro de Huelva (Carballo, 1987: 111).

Estos escasos fragmentos cerámicos aparecieron mezclados con un muy numeroso repertorio de cerámica castreña en el que predominaban las formas en S en todas sus variantes, los vasos decorados con tres fajas horizontales y otras composiciones (triangulares de círculos concéntricos asociados a líneas horizontales acanaladas y puntilladas o en bandas de SSS; una banda horizontal de escudetes; etc.).

Entre el resto de los materiales identificados resultan igualmente significativos las fusayolas cerámicas bitroncocónicas, propias de los poblados del Hierro del Levante y sur peninsular, con características claramente extrañas a la cultura castreña; y un fragmento de cuenta de collar de pasta vítrea de color azul marino con decoración oculada, producción claramente importada también del sur peninsular, al igual que las citadas cerámicas púnicas y áticas (Carballo, 1987: 139).

A pesar de la osadía que supone por la lejanía geográfica la comparación de este yacimiento con la mayor parte de los poblados turdetanos del área del Bajo Guadalquivir y el Algarve no creemos que resulte desproporcionado a sabiendas, sobre todo, de que existe desde época fenicia un modelo claramente consolidado de poblamiento para las factorías, pero especialmente para aquellos núcleos indígenas con presencia de colectivos foráneos como lo era el Poblado de Doña Blanca-Las Cumbres en los que se tiene conocimiento de la existencia de estructuras productivas y distributivas gestionadas por parte de la élite local indígena y orientadas expresamente al comercio con los colonizadores implantados en los territorios inmediatos (Domínguez Pérez, 2004).

Por otro lado, la fecha de abandono del Castro da Forca en torno al siglo I AC y la pervivencia de estos materiales hasta prácticamente confundirse con los fragmentos romanos de ánforas Dressel 1 y 2/4 confirmaría la continuidad de las condiciones productivas y distributivas del círculo gaditano que, gracias al reconocimiento de éstas por el *foedus* del 206 AC, y a pesar de la derrota de Cartago, mantuvo bajo su control las rutas marítimas comerciales por todo el Atlántico.

Otro importante yacimiento es el de **A Lanzada** (Sanxenxo, Pontevedra), situado en un saliente rocoso entre dos amplias playas, emplazamiento que le permite dominar tanto el acceso a la ría de Arousa como una importante franja de la costa exterior atlántica y las islas adyacentes. Una vez más nos encontramos con la falta de contrastación de estructuras defensivas y con otra serie de aspectos extraños a la cultura castreña como la aparición simultánea de edificios circulares con otros que combinan lo curvo y lo recto y un último de forma rectangular con las esquinas redondeadas (Suárez y Fariña, 1990: 316-317).

Paralelamente, el estudio de los materiales ha vuelto a ofrecer pruebas de la existencia de cerámica atica del siglo IV AC junto a ánforas ibero-púnicas (Figura 5) idénticas a las encontradas en Cerro Macareno y con tipología E1 (Pellicer, 1978: 387, fig. 8, nº 1.569) datada en este yacimiento del Bajo Guadalquivir de

finales del IV AC. Otros restos menores han sido provisionalmente relacionados con distintas formas púnicas características del siglo IV AC, como la Mañá A3 (formas B-C 3 de Pellicer, 1978: 379-380, fig. 5) e, incluso, con una procedente de O Campo «*que por sus características apunta a formas griegas*», aunque ¡del siglo III AC! (Suárez y Fariña, 1990: 325). En este caso su boca de labio casi horizontal, aun desconociendo su contexto material exacto, parece indicar que más bien podría tratarse de una greco-ítálica arcaica MGS IV/V (magnogreco-siciliota=WILL A1/A2) procedente de estos ambientes centro-mediterráneos y comercializada por los púnicos a lo largo de los siglos IV y III AC como contenedores del afamado vino que se producía inicialmente en torno al Etna en la Sicilia griega y en el Bruttium y la Apulia suritálicos.

De igual forma se ha podido constatar la existencia en este yacimiento de platos de barniz rojo similares a los que aparecen en Doña Blanca y en Cerro Macareno en contextos también del siglo IV AC. No obstante, estas producciones poseen una factura y pasta distinta por completo a las realizadas en el Golfo de Cádiz y el Bajo Guadalquivir, por lo que parece más posible que se trate de una producción local y que su filiación con tradiciones mediterráneas y, sobre todo, con formulaciones ibéricas suroccidentales, demuestren un intento de imitación galaico de la alfarería considerada genéricamente orientalizante (Suárez y Fariña, 1990: 327).

Un último aspecto a destacar a partir de los resultados ofrecidos por A Lanzada es el manifiesto aumento de las importaciones procedentes de la costa portuguesa y de la costa suroccidental andaluza que se produce entre los siglos IV y III AC, extremo que ha ya sido sugerido previamente respecto a otros yacimientos portugueses. Este hecho supone en la práctica un aumento del volumen global del tráfico comercial marítimo en el Atlántico precisamente en el momento en el que se encuentra definitivamente consolidado el círculo púnico-gaditano.

No menos significativos son los hallazgos anfóricos en la **Bahía de A Coruña** en los que han podido ser identificados un fragmento de Mañá D1a centro-mediterránea (Naviero, 1982: 68-69, fig. 3, 2), considerada expresión del comercio de Cartago en la época de los Bárquidas y similar a las halladas, por ejemplo, en la factoría de salazones de la Plaza Asdrúbal en Cádiz (Muñoz y De Frutos, 2004: 138, nº 111). También se ha encontrado varios restos de la Mañá-Pascual A4 (Figura 4), posiblemente según el estrechamiento del cuerpo superior, del subtipo 'f' (Muñoz Vicente, 1990-91: 299-300, fig. 4, nº 211 bis), que tienen su espacio cronológico natural entre finales del III AC y el siglo II AC (Naviero, 1982: 72, lámina II, nº 14).

Estos conjuntos materiales vienen complementados con otra serie de hallazgos dispersos, aunque con un no menos considerable valor relativo como las monedas púnicas halladas en la **Estaca de Bares**, el aríbalos de **O Castro Pequeño do Neixón** (Carballo, 1987: 142) datable entre los siglos V y IV AC, los ejemplos de orfebrería de tradición orientalizante contemporáneos al propio taller

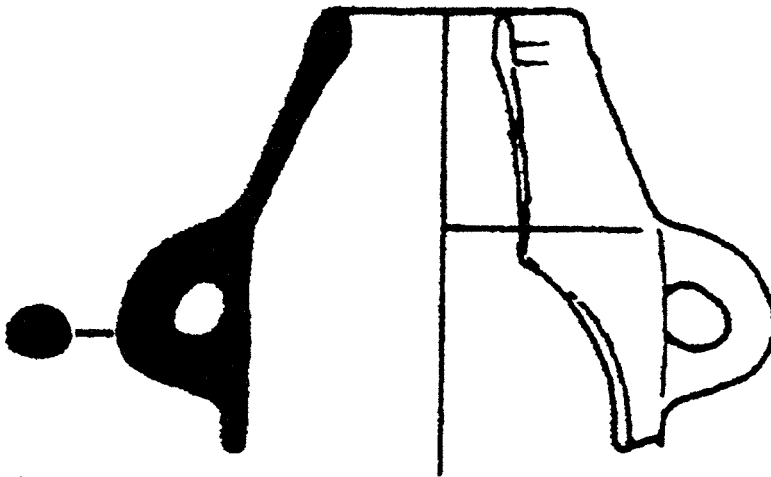


FIGURA 4: Reprodución de un fragmento de ánfora Maña-Pascual A4 encontrado en la Bahía de A Coruña (Naviero, 1982: 72, lám. II, 14).

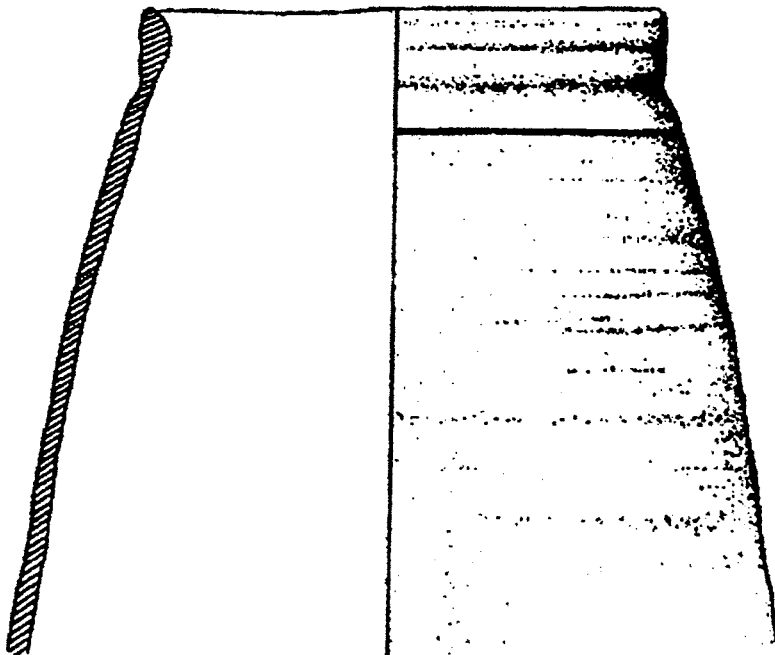


FIGURA 5: Reprodución de un fragmento de ánfora del tipo «E1» de Pellicer encontrado en A Lanzada (Suárez y Fariña, 1990: 319, fig. 6, 1).

gaditano (Perea, 2000), los fragmentos cerámicos de **Castromao** (*Caeliobriga*), en la cuenca media del Miño, y **Alobre**, en plena ría de Arosa, además de los distintos restos de producciones áticas recogidos en las mismas Castromao y Alobre, en Fozara (Pontearreas) y en **Recarea**, a escasos kilómetros del Cabo Finisterre (Carballo, 1987: 141-142).

5. CONCLUSIONES

El cuadro final diacrónico que hemos presentado pone de manifiesto claramente que el importante número de yacimientos expuestos no son simples escalas náuticas hacia las Casitéridas. En un número importante de ellos se han podido identificar millares de fragmentos de cerámica y de recipientes anfóricos; en otros, estructuras habitacionales estables completamente extrañas a las tradicionales castreñas,... Esto no debe tampoco llevarnos a la conclusión de que algunos de estos asentamientos no realizaran inicialmente estas funciones y, por supuesto, mucho menos a entender que todos estos centros eran factorías fenicias o púnicas permanentes. Pero lo que sí entendemos que está fuera de toda duda es la existencia desde época fenicia de una crecientes y constantes actividades comerciales entre el territorio galaico y el sur peninsular a través del Atlántico que aparecen plenamente consolidadas ya desde el siglo IV AC.

Finalmente, estas relaciones modificaron sustancialmente al menos el modelo tradicional de poblamiento y sus modos de vida y explotación del territorio cercano, generando un nuevo modelo de castro costero como puede apreciarse en la mezcla de elementos de la cultura material castreña con otros claramente «mediterráneos» (fenicios, griegos, púnicos o púnico-gaditanos e, incluso, ibero-turdetanos). Tampoco es de extrañar que estos cambios incidieran de manera singular en la conformación de jefaturas cuya distancia social aumentaba en virtud del uso político y económico de los bienes de uso y prestigio llegados por el Atlántico, aunque muy probablemente la llegada de los romanos interrumpiera un proceso que aún no se había consumado.

Por otro lado, el método comparativo y la relación multi-dialéctica que se establece entre lo púnico-gaditano y lo indígena-turdetano en el Golfo de Cádiz, en la costa onubense y todo el litoral portugués desde el Algarve hasta el Mondego debería confirmar que no existe ninguna cultura que en su propia identidad no porte elementos significativos procedentes de sociedades vecinas en los geográfico, en lo económico o en lo social. De manera contraria a las tesis esencialistas del posmodernismo más primario, **ninguna cultura es pura y toda edificación cultural se sustenta sobre la diversidad**. Sólo las reconstrucciones historiográficas son, por su simplismo analítico y la simpleza de sus objetivos, monolíticas y uniformantes. Por ello, en nuestro empeño «*se trata de una lucha no por el reconocimiento de una cultura esencial, sino por el derecho de reconstruir, confrontar o reproducir esa cultura, no en los términos establecidos por el Estado*

[nacional o autonómico], *sino en los delimitados por los propios pueblos... en el marco de sus propios pluralismos internos*» (Hernandez Castillo, 2004: 6).

En otro orden de cosas, **la civilización no sólo viene de Oriente y del Mediterráneo**. También existe un modelo de civilización antigua occidental y atlántico, aunque, bajo concepciones funcionalistas que no están lejos del difusionismo anglosajón más primario, lo entendamos como «dominado». Pero el peso cualitativo de esta conformación es similar al de procesos culturales más complejos y más reconocidos historiográficamente. Así, por ejemplo, **el propio concepto de *finis terrae* es claramente ajeno a la mentalidad de los habitantes del noroeste peninsular**. ¿Cómo iban a hablar del fin de la Tierra aquellos que desde cientos de años atrás navegaban con frecuencia por el Atlántico? No hace falta mucho esfuerzo para comprender que como tal éste es un concepto propio de la mentalidad greco-romana identificable con el de la *Ecumene*, que la historiografía clásica y renacentista, con no poca ayuda de las explicaciones ilusorias medievales, contribuyeron definitivamente a fijar. Como tal es un concepto político que lleva implícito la misma condición de civilización de la que venimos hablando. Para un romano (como para los griegos) el mundo civilizado acababa donde terminaba el Imperio. Nada fuera de él tenía interés alguno más que como soporte vital de los bárbaros. Pero también ellos eran conscientes de que, aunque allí acababa, en sentido este-oeste, su mundo, existían otros mares (nada suyos) y otras tierras más allá a las que políticamente habían renunciado. Resulta evidente que **el propio concepto de civilización es un valor cultural que implica una perspectiva posicional necesariamente referencial** y, por tanto, una visión dominante discriminatoria historiográficamente fatal.

Por otro lado, frente a políticas culturales recuperadas recientemente del pasado, *«al resistir la tentación siempre presente de construir la identidad en términos de exclusión y al reconocer que las identidades comprenden múltiples elementos y que son dependientes e interdependientes, una política democrática fundamentada en un enfoque antiesencialista puede distender el potencial de violencia que existe en toda construcción de identidades colectivas y crear las condiciones para un pluralismo realmente 'agonista'. Dicho pluralismo se basa en el reconocimiento de la multiplicidad en uno mismo y de las posiciones contradictorias que conlleva dicha multiplicidad. Su aceptación del otro no consiste en limitarse a tolerar las diferencias sino en celebrarlas positivamente, puesto que reconoce que, sin alteridad ni otredad, no es posible afirmar identidad alguna...»* (Mouffe, 2004: 7).

Vistos el cúmulo de aparatos historiográficos referenciales y pareciendo claro que no existe un acuerdo conceptual básico, de modelo, al respecto, deberíamos entender a estas alturas del debate que **la cultura castreña no debe considerarse sinónimo bajo ningún concepto del mundo galaico**. Bajo sus prejuicios esencialistas y su concepción monolítica, cerrada y excluyente al resto de aportaciones culturales concurrentes, parte de las cuales venimos analizando, lo galaico en el Hierro Final prerromano es también la tradición del Bronce Final

Atlántico, la llegada de aportaciones materiales mediterráneas, pero también de esquemas de organización espacial, productiva, distributiva y social que son de manera innegable localmente reinterpretados, que desde entonces a las navegaciones de los fenicios modifican el ya variopinto sustrato cultural galaico. A esto habría que añadir (y en ese campo hemos pretendido aportar nuestro grano de arena) la incorporación plena a los circuitos comerciales púnico-gaditanos dentro de los que permanece de manera estable hasta el final de la República gracias a la validez reconocida del *foedus* gaditano.

Un último aspecto ya para acabar. **Al igual que ninguna arqueología es inocente, tampoco lo es la política cultural.** *«Las identidades son construcciones simbólicas que involucran representaciones y clasificaciones referidas a las relaciones sociales y las prácticas, donde se juega la pertenencia y la posición relativa de personas y de grupos en su mundo. De este modo, no se trata de propiedades esenciales e inmutables, sino de trazos clasificatorios auto y alteraatribuidos, manipulados en función de conflictos e intereses en pugna... No se trata de una cualidad perenne transmitida desde el fondo de los tiempos, sino de una construcción presente que recrea el pasado con vistas a un porvenir deseado»* (Bayardo, 2004: 2).

Diseñando la Historia se redefine y reorienta la identidad de las comunidades sociales contemporáneas y futuras con el fin de que soliciten de sus gestores políticos únicamente aquello que estos están dispuestos a ofrecer a cambio. La Historia sigue siendo un arma cargada de futuro y ver como la arqueología se pone de moda cuando existe en nuestra sociedad tan escasa sensibilidad histórica debía ponernos en guardia sobre lo que se pretende de nosotros a la hora de colaborar en el estudio y divulgación de los distintos procesos de identidad. No va a ser la primera vez que, detrás de cada bandera, encontremos semiculto un nuevo mercado de tela.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. (2001): «Segunda Edad del Hierro». *Protohistoria de la Península Ibérica* (Almagro, M., Arteaga, O., Blech, M. *et al.*). Barcelona, pp. 325-395.
- ARRUDA, A. M. (2000): «O comércio fenício no território actualmente português». *Intercambio y Comercio Preclásico en el Mediterráneo*. Madrid, pp. 59-77.
- ARRUDA, A. M. (2004): «A ocupação pré romana de Faro: alguns dados donos». Comunicación presentada al *IV Congreso de Arqueología Peninsular* (Faro, 14-19 Septiembre, 2004), en prensa.
- ARTEAGA MATUTE, O. (2001): «La emergencia de la polis en el mundo púnico occidental». *Protohistoria de la Península Ibérica* (Almagro, M., Arteaga, O., Blech, M. *et al.*). Barcelona, pp. 217-281.
- BARRIONUEVO CONTRERAS, F., AGUILAR MOYA, L. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R., 1998: «Prospección arqueológica superficial del extremo noroccidental de la provincia de Cádiz. Campaña 1994», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1994, II, pp. 33-36.
- BAYARDO, R. (2004): «Antropología, identidad y Políticas Culturales», *www.naya.org.*, pp. 1-3.
- BELÉN DEAMOS, M. (2000): «Santuarios y comercio fenicio en Tartessos». *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*. Madrid, pp. 293-312.
- BERNAL, D., DÍAZ, J. J., EXPÓSITO, J. A. *et al.* (2003): *Arqueología y Urbanismo. Avance de los hallazgos de época púnica y romana en las obras de la carretera de Camposoto (San Fernando, Cádiz)*. Cádiz.
- CALLEGARIN, L. y EL HARRIF, F. Z. (2000): «Ateliers et échanges monétaires dans le 'Circuit du Détroit', *Anejos AEspA*, 22, pp. 23-42.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1987): *Castro da Forca. Campaña 1984*. Arqueología/Memorias 8. A Coruña.
- CARO BELLIDO, A., ACOSTA MARTÍNEZ, P. y ESCACENA CARRASCO, J. L. (1986): «Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la Calle Alcazaba (Lebrija – Sevilla)», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, III, pp. 168-174.
- CHAVES TRISTÁN, F. y GARCÍA VARGAS, E. (1991): «Reflexiones en torno al área comercial de Gades: estudio numismático y económico», *Gerión, Anejos, III, Alimenta*, Estudios en Homenaje al Dr. Michel Ponsich, pp. 139-168.
- CORZO SÁNCHEZ, R. (2000): «El Santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz) y la formación de sus talleres artesanales». *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas*. Ibiza, pp. 147-183.
- DE FRUTOS REYES, G. y MUÑOZ VICENTE, A. (1994): «Hornos púnicos de Torre Alta (San Fernando, Cádiz). *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*. Huelva, pp. 393-414.
- DE FRUTOS REYES, G. y MUÑOZ VICENTE, A. (1996): «La industria pesquera y conservera púnico-gaditana: balance de la investigación. Nuevas perspectivas», *Spal*, 5: 133-165.
- DE FRUTOS, A., CHIC, G. y BERRIATUA, N. (1988): «Las ánforas de la factoría prerromana de salazones de 'Las Redes' (Puerto de Santa María, Cádiz). *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, vol. I. Santiago de Compostela, pp. 295-306.

- DÍAZ SANTANA, B. (1999): «Contactos precoloniales durante el Bronce Final en el Occidente peninsular: el papel activo de las comunidades indígenas», *Gallaecia*, 18, pp. 137-155.
- DÍAZ SANTANA, B. (2001): «La Cultura Castreña y el proceso de creación de la identidad nacional gallega», *Arqueoweb*, 3 (3), diciembre.
- DÍAZ SANTANA, B. (2002): «Una revisión historiográfica de la investigación protohistórica de Galicia», *Arqueoweb*, 4 (1), mayo.
- DOMÍNGUEZ BELLA, S., SÁNCHEZ BELLÓN, A., SÁNCHEZ ARAGÓN, M. y DOMÍNGUEZ PÉREZ, J. C. (2003): «La producción cerámica en la Bahía de Cádiz en época púnica. Análisis arqueométrico de las materias primas minerales y las producciones anfóricas». *V Congreso Ibérico de Arqueometría. Libro de Resúmenes de Actas*. Puerto de Santa María, pp. 115-116.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. (2003a): *El nacimiento de la sociedad esclavista como modo de producción en la Roma republicana del siglo III AC*. Tesis Doctoral. Sevilla.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. (2003b): «Entidad arqueológica y dimensión económico-política del círculo púnico-gaditano en el Mediterráneo Occidental, 348-218 AC», *Antiquitas*, 15, pp. 51-58.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. (2003c): «Fuentes para la reconstrucción del territorio de la actual Puerto Real en la Antigüedad: una propuesta interpretativa basada en la articulación dialéctica con la metrópolis gaditana». *Actas de las XI Jornadas de Historia de Puerto Real*, en prensa.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. (2004): «Estructuras productivas y distributivas del círculo púnico-gaditano (IV-III AC): bases locales para un imperio atlántico-mediterráneo». Comunicación presentada al *IV Congreso de Arqueología Peninsular* (Faro, 14-19 Septiembre, 2004), en prensa.
- FERNÁNDEZ URIEL, P. (2000): «El Comercio de la Púrpura». *Intercambio y Comercio Preclásico en el Mediterráneo*. Madrid, pp. 271-279.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. (1997): «Las Puertas del Infierno y el Río del Olvido. (Un tema mítico céltico en la etnografía ibérica de Estrabón)», *Gallaecia*, 16, pp. 145-157.
- GIRARD, S (1984): «Banasa préromaine. Un état de la question», *Antiquités Africaines*, 20, pp. 11-93.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R. (2004): «Los influjos púnicos gaditanos en las Islas Canarias través de hallazgos relacionados con actividades pesqueras». *Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la Bahía de Cádiz*. Córdoba, pp. 13-37.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J. (2001): «La posición del Periplo del Ps.-Escilax en el conjunto del género periplográfico», *REA*, 103, pp. 369-380.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. y RUIZ MATA, D. (1999): *Historia de Jerez de la Frontera. I: De los orígenes a la época medieval* (D. Caro, coord.). Cádiz.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R., BARRIONUEVO CONTRERAS, F. y AGUILAR MOYA, L. (1995): «Mesas de Asta, un centro indígena tartésico en los esteros del Guadalquivir». *Tartessos 25 años después (1968-1993)*. Jerez de la Frontera, pp. 215-237.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2000): «Comercio lejano, colonización e intercambio desigual en la expansión fenicia arcaica por el Mediterráneo». *Intercambio y Comercio Preclásico en el Mediterráneo*. Madrid, pp. 79-91.

- HERNÁNDEZ CASTILLO, A. (2004): «Entre el esencialismo étnico y la descalificación total: la política de identidades en México y las perspectivas de las mujeres», *www.memoria.com.*, pp. 1-8.
- LÓPEZ PARDO, F. (1990): «Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica», *AEspA*, 63, pp. 7-41.
- LÓPEZ PARDO, F. (1996): «Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del modelo de las escalas náuticas al de colonización con implicaciones productivas», *Gerión*, 14, pp. 251-288.
- MAIA, M. (2004): «Cerâmica Ática de Tavira». Comunicación presentada al *IV Congreso de Arqueología Peninsular* (Faro, 14-19 Septiembre, 2004), en prensa.
- MARTÍNEZ PECES, C. y MONTAÑÉS CABALLERO, M. (2000): «La protohistoria en la provincia de Cádiz. Una prospección bibliográfica de los yacimientos». *Actas del VI Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995), vol. II. Cádiz, pp. 827-847.
- MEDEROS, A. y ESCRIBANO, G. (1999): «Pesquerías gaditanas en el litoral atlántico norteafricano», *RStFen*, 27, 1, pp. 93-113.
- MILLÁN LEÓN, J. (2000): «El territorio de Puerto Real en el marco de la navegación atlántica durante la época antigua». *VII Jornadas de Historia de Puerto Real* (23-30 Abril, 1999). Puerto Real, pp. 189-199.
- MOUFFE, Ch. (2004): «Por una política de identidad democrática». *Antagonismos. Casos de estudio*. Conferencia impartida dentro del Seminario «Globalización y diferenciación cultural» (19 y 20 de marzo), *www.macba.es.*, pp. 1-7.
- MUÑOZ VICENTE, A. (1990-1991): «Las cerámicas fenicio-púnicas de origen submarino del área de La Caleta (Cádiz)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 15, pp. 287-333.
- MUÑOZ VICENTE, A. (1995-1996): «Secuencia histórica del asentamiento fenicio-púnico de Cádiz: un análisis crono-espacial tras quince años de investigación arqueológica», *Boletín del Museo de Cádiz*, VII, pp. 77-105.
- MUÑOZ VICENTE, A. y DE FRUTOS REYES, G. (2004): «El comercio de salazones en época fenicia y púnica en la Bahía de Cádiz. Estado actual de las investigaciones: los registros arqueológicos». *Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la Bahía de Cádiz*. Córdoba, pp. 131-167.
- NAVEIRO, J. (1982): «As ánforas romanas de A Coruña (II)». *Brigantium*, 3, pp. 63-74.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. (2001): «El espacio geopolítico gaditano en época púnica. Revisión y puesta al día del concepto de 'Círculo del Estrecho'», *Gerión*, 19, pp. 313-354.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. (2002): «Las ánforas turdetanas del tipo Pellicer-D. Ensayo de clasificación», *Spal*, 11, pp. 233-252.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. (2003): *Las cerámicas gaditanas «tipo Kuass»*. Bases para el análisis de la Bahía de Cádiz en época púnica. Madrid.
- PEREA, A. (2000): «Comportamientos de mercado en la producción orfebre de la bahía de Cádiz». *Intercambio y Comercio Preclásico en el Mediterráneo*. Madrid, pp. 281-292.
- PEREIRA GONZÁLEZ, F. (2000): «O mito celta na Historia», *Gallaecia*, 19, pp. 311-333.
- RAMÓN TORRES, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona.

Domínguez Pérez, J. C.

- RAMÓN TORRES, J. (2004): «La producción anfórica gaditana en época fenicio-púnica». *Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la Bahía de Cádiz*. Córdoba, pp. 63-100.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1986): «Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a finales de la Edad del Bronce», *TP*, 43, 9 y ss.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental*. Barcelona.
- SUÁREZ OTERO, J. y FARIÑA BUSTO, F. (1990): «A Lanzada (Sanxenxo, Pontevedra), definición e interpretación de un yacimiento castreño atípico. Apuntes para un estudio de los intercambios protohistóricos en la costa atlántica peninsular», *Madridener Mitteilungen*, 31, pp. 309-337.